

N buena parte de la Prensa española salió a relucir, en varias ocasiones, algo que la gente interpretó como una crisis de la A. C. La palabra «crisis» tiene muchas veces un sentido peyorativo; pero viendo serenamente las cosas no tiene por qué tener este significado. Cuando una enfermedad hace crisis, es el momento en que todo puede resolverse. Igualmente pasa con la A. C.

Hemos vivido —casi sin darnos cuenta— el proceso de evolución del seglar en la Iglesia, en nuestra propia vida de las organizaciones de apostolado. Y nuestro traje —estructura, orientaciones, etc.— se ha quedado pequeño. Las cosas van demasiado de prisa en el mundo de hoy, y tenemos que ir detectando y adaptándonos a esos «cambios acelerados» de que habla el Concilio. Si en todas las cosas de la vida hay esas vertiginosas transformaciones, mucho más en el mundo seglar; porque ahora nos damos cuenta del atraso en que nos encontrábamos. Faltaba la conciencia clara y viva de ser miembros activos y responsables dentro de la propia Iglesia.

Y este atraso, en buena parte, es atribuido a la falta de personalidad que teníamos. Fallo del cual nosotros mismos hemos sido culpables, porque era muy cómodo dejar en manos del clero todo lo que se refiriese a la religión, olvidando que si pertenecíamos a una comunidad viva, nosotros teníamos tanta responsabilidad como los eclesiásticos en la marcha y desarrollo de la misma.

UNAS veces se dijo en algunos periódicos —con poco acierto— que la A. C. había incurrido en «temporalismo»; otras se hablaba del cese inesperado —interpretado por algunos como destitución— de los principales consiliarios nacionales. El caso es que el público español quedó desorientado por tales noticias. Por eso es necesario que todo el mundo sepa que, en la actualidad, todo parece que empieza a entrar en los carriles adecuados para una posible solución. El diálogo, franco, constructivo y comprensivo, acaba de iniciarse entre la Jerarquía y el laicado de A. C.

En febrero de este año habíamos estado reunidos los dirigentes seglares y los Obispos, tratando casi de las mismas cosas que hoy; pero entonces el resultado no fue positivo. Sin duda tenemos todos que acostumbrarnos a pensar que el diálogo no es cosa fácil. Creemos que basta con decir las cosas con claridad, para iniciarlo; pero las palabras muchas veces están cargadas de emotividad, y son escuchadas de distinta manera de la que nosotros pensamos. Hoy que los métodos psicológicos de comunicación personal han sido finamente analizados, debíamos comprender que la misma palabra, en diversas circunstancias, tiene resonancias completamente diferentes. El lenguaje no es una fría expresión de «robots». Quizá nosotros, los seglares, en febrero de este año olvidamos todo esto; y para los Obispos fue una experiencia también demasiado nueva.

Ahora, en cambio, el efecto del tiempo ha hecho que el diálogo se estableciese por ambas partes plenamente.

Un grupo variado de unos ocho Obispos y un núcleo de unos 30 dirigentes de A. C. hemos podido intercambiar ideas, anhelos e inquietudes, en forma positiva.

NO hace muchos días recibía yo una carta donde se me echaba en cara el excesivo afán de defender la dignidad y personalidad del seglar. Para contestar a mi interlocutor no tuve más que copiarle varios párrafos de uno de los discursos más importantes del Papa Pío XII: el que pronunció con motivo del 2.º CONGRESO MUNDIAL PARA EL APOSTOLADO DE LOS LAICOS.

En primer lugar —recuerda el Papa— «sería desconocer la naturaleza real de la Iglesia, y su carácter social, si se distingue en ella un elemento puramente activo que serían las autoridades eclesiásticas; y por otro lado un elemento puramente pasivo que fuesen los laicos... Todos son personas libres y deben, por tanto, ser activos».

En segundo término el laico, en la Iglesia, no solamente tiene obligaciones, sino también derechos. «El laico tiene derechos, y el sacerdote por su parte debe reconocerlos». Por eso aunque nosotros los seglares hemos de respetar la dignidad de la función que realiza el sacerdote, tenemos unos evidentes derechos en nuestra relación con él. El primer derecho será «a recibir de los sacerdotes todos los bienes espirituales necesarios a la salvación»; pero también «cuando se trata de los derechos fundamentales del cristiano, puede hacer valer sus exigencias; porque es aquí donde está en juego el sentido y el fin mismo de toda la vida de la Iglesia, así como la responsabilidad ante Dios, tanto del sacerdote como del laico». No se asusta el Papa de decir claramente la verdad.

Y, por último, como conclusión, dice Pío XII que tenemos que conseguir «hombres ufanos de su dignidad personal y de su sana libertad, hombres justamente celosos de ser iguales a sus semejantes en todo lo que concierne al fondo más íntimo de la dignidad humana».

Por eso —si en el mundo eclesiástico— se realiza o se pide lo que

LA CRISIS DE LA ACCION CATOLICA

por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

dijo el Papa Pío XII, no debemos creer que se trata de presuntuosas exigencias por parte del seglar; siempre que nuestra actitud sea de comprensión, cariñoso respeto y confianza. Es preciso superar las mutuas incomprensiones y recelos, adelantándonos —con nuestra actitud— a un positivo encuentro e intercambio amistoso. Y eso es precisamente lo que hemos hecho en esta histórica reunión que, durante 48 horas, hemos tenido Obispos, clérigos y seglares, para dialogar de nuestros problemas y de nuestro futuro, como un primer paso hacia la Asamblea episcopal de 1967, donde todos los prelados españoles conocerán nuestro pensamiento.

LOS mismos Obispos quizá no se den cuenta de que uno de los factores más positivos de estas reuniones, ha sido la variedad de representantes del episcopado que a ellas asistieron, conviviendo con toda naturalidad durante esos días con nosotros. Y, en esta convivencia, sin duda el factor fundamental, que hizo fecundas las reuniones, fue la espontaneidad con que se expresaron los Prelados, ante nosotros, subrayando los diferentes puntos de vista que cada uno sustentaba, no siempre coincidentes entre ellos. Por primera vez hemos visto, en presencia de seglares, manifestarse, en nuestros dirigentes eclesiásticos, enfoques complementarios, que permitieron aclarar muchas cosas, y romper el hielo que en la anterior reunión, de hace unos meses, se había producido.

Ahora hemos visto cosas que parecían claras a todos los Obispos. Otras que sólo algunos mantenían; y, en cambio, otros Prelados se inclinaban más por la postura sustentada por nosotros los seglares.

El P. Congar había dicho hace unos años algo que es claro hoy dentro de la Iglesia, pero que antes no lo era: «Jerarquía sin hermandad sería paternalismo; hermandad sin Jerarquía sería una falsa democracia». Casi las mismas palabras que encontramos en el Concilio, donde se afirmó que, en la Iglesia, todos tienen la misma misión; pero hay distintas funciones, según los cometidos específicos que tienen los clérigos y los seglares. Sin embargo en nuestra Iglesia no hay que olvidar que «se da una verdadera hermandad, entre todos, en lo referente a la dignidad».

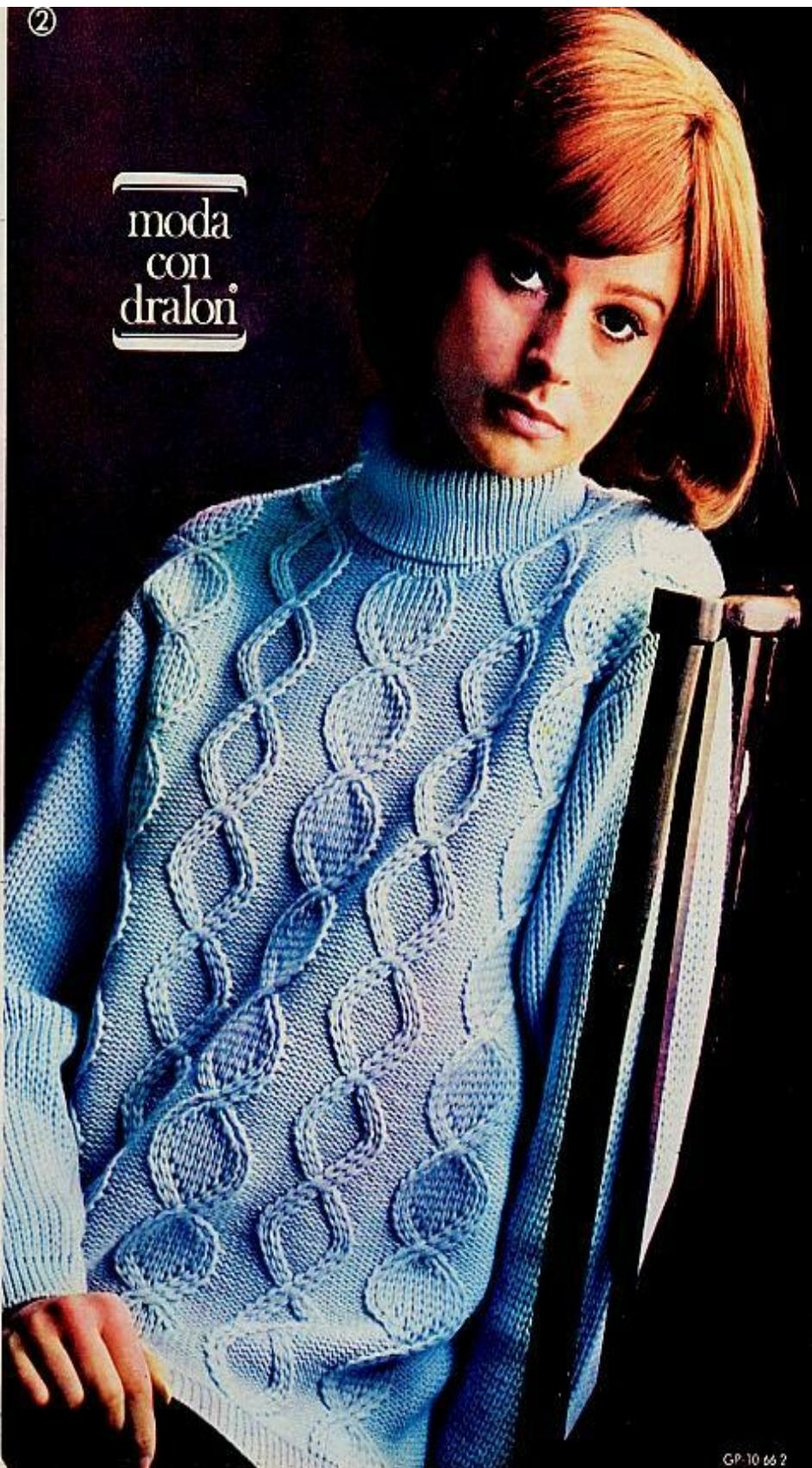
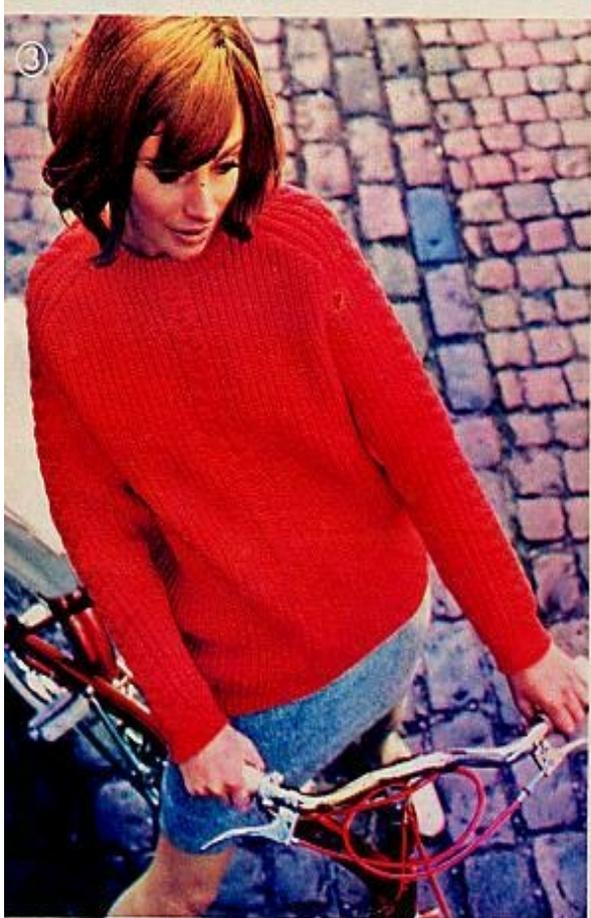
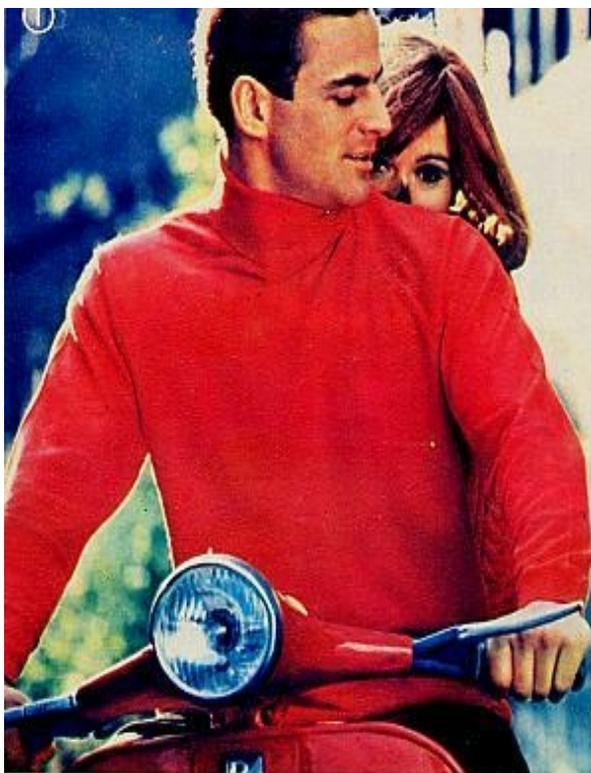
Partiendo de estas premisas, la A. C. de hoy —pienso yo— que quiere ser cada vez más consciente de esta «seglaridad». Queremos hacer realidad la mayoría de edad de que habló Pío XII, y la adultez del laico que proclamó Pablo VI, de tal modo que todos seamos conscientes que ésta es «la hora del laicado» (Pablo VI).

No queremos por ningún concepto caer en situaciones híbridas, en que el seglar sea mitad laico y mitad clérigo. Deseamos no ser tampoco un apéndice pasivo de la Jerarquía.

Pretendemos encarnar a un seglar consciente de su responsabilidad respecto al mundo; pero que esta responsabilidad en los asuntos terrenos (llámense familiares, profesionales, sociales, económicos, políticos o culturales) no deseamos que nos oculte, tampoco, que el seglar —como tal— tiene una misión específica dentro de la Iglesia que no es la del clérigo.

Con frase desgarrada el teólogo Hans Urs von Balthasar había proclamado —hace veinte años— que la A. C. estilo Pío XI —cerceada por cir-

(Sigue en la página 90)



moda
con
dralon®

La elegancia deportiva de este otoño lleva la rúbrica de la suavidad y de la seguridad: dralon®

① Elegante... cómodo... suavísimo, es este jersey de caballero, fino y deportivo en vibrante color de última moda! ② Amplio, como si fuera de él... femenino porque es de ella, este jersey en originalísimo punto y cuello vuelto...

③ Y para las frescas mañanas, un cálido y vibrante modelo con adornos de trenza clásica. La atractiva apariencia de estos modelos se ve realzada por el tejido de punto de Dralon en que se han confeccionado.

Sólo Dralon puede darles esa suavidad, esa caída... y también la satisfacción de lucirlos siempre nuevos por mucho que se laven. Dralon es fácil de cuidar.

BAYER
Fibras de Calidad



GP-10 66 2

Si tiene Usted..



familia numerosa...



afición al baile...



invitados...



y aprecia su vajilla



salga, diviértase y deje trabajar al...

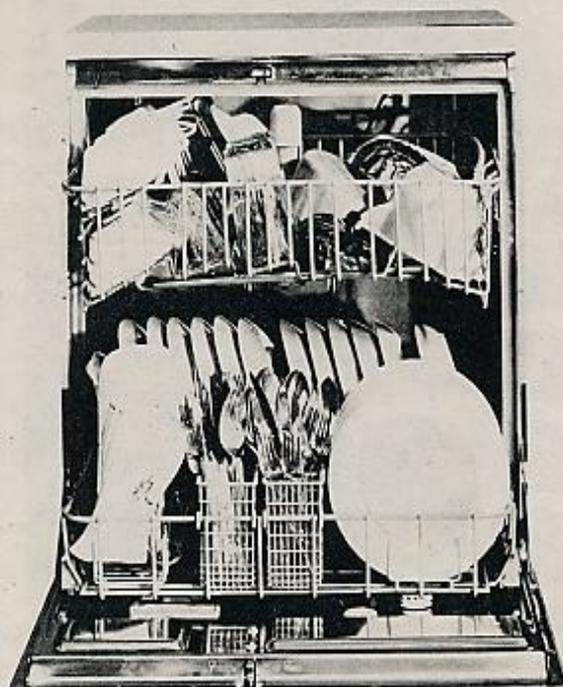
lavavajillas automático

Miele®

A LA VANGUARDIA DE LA INDUSTRIA ALEMANA

Puede confiar en MIELE. Cada uno de sus componentes se ensaya y comprueba antes de instalarlo en la máquina. No está autorizado el empleo del nombre MIELE sin estas garantías.

Construido con los mejores materiales, el lavavajillas MIELE lava y aclara cada pieza de la vajilla con la delicadeza con que Vd. misma lo haría.



Lavadora automática



Aspirador-sacudidor



Máquina planchadora



Secadora centrífuga

MIELE, S. A.

Solicite información gratuita y dirección del distribuidor regional enviándonos este cupón

General Martínez Campos, 42
MADRID-10

Nombre:
Calle:
Población:

Terlenka® y... acción!



Pantalones ágiles, cómodos... pantalones TERLENKA. Guardan siempre su raya, no se arrugan y son ¡tan elegantes! Si ama la acción, amará sus nuevos pantalones TERLENKA.



IBERENKA AM

LA CRISIS DE LA ACCIÓN CATÓLICA

(Viene de la página 87)

cunstances históricas de una plena seclaridad— parecía ser el último intento de clericalismo en la Iglesia. Años después Karl Rahner, S. J. —seguido en esto por el P. Congar, O. P.—, había proclamado, con mayor precisión, que lo único que ocurría —de seguir esta línea en forma permanente, restando iniciativa y personalidad al laico— era que éste perdía su estado seclar, en el sentido humano de la palabra, aunque no propiamente en el sentido de las leyes canónicas.

Todo esto quizá suene un poco enrevesado a los lectores. Pero es necesario precisarlo —a la luz de la teología— para comprender claramente la real evolución que se ha producido entre los seclares de A. C., que son cada vez más conscientes, en sus propias vidas, de todos estos matices que resultan tan importantes en la práctica, y que han contribuido —en mi opinión— a esta crisis.

Cuando mucha gente ha rechazado a la A. C., creemos muchos católicos que era porque tenía la idea de que constituíamos una especie de sacristanes o monaguillos de la Jerarquía. Esta caricatura, tenía ciertamente un fondo de verdad. Esa verdad teológica expresada con mayor precisión por los teólogos antes citados.

Cuando Lili Alvarez —la gran pionera de esas ideas— proclamó en su libro EN TIERRA EXTRAÑA esta inquietud seclar, no hizo sino expresar, con palabras de todo el mundo, lo que los teólogos han dicho, sobre todo después de ella, y que hoy se ha convertido casi en un lugar común en la Acción Católica.

QUE es lo que queremos entonces los seclares? Una sola cosa: no perder nuestra seclaridad, sino afirmarla cada vez más decididamente, dentro y fuera de la Iglesia. Porque creemos que ésa es nuestra misión; y a la Iglesia le faltaría algo si no la cumpliéramos. Seamos o no seamos de Acción Católica, no queremos distinguirnos en eso; no somos unos seclares —los que a ella pertenecemos— extraños, sino plenamente seclares.

Por eso —como dice el teólogo H. Haimeri— «la A. C. no es una especie de término medio jerarquizado entre el Clero y el laicado». Ni siquiera cuando nosotros nos preocupamos de los problemas de la Iglesia, de su orientación intelectual, de su estructura eclesial o de su adaptación a los problemas del mundo, deseamos ni por lo más remoto ser una especie de clérigos en miniatura. Lo que deseamos y pretendemos es ser verdaderamente seclares, con esas características que el Papa Pío XII señaló bien claramente. Y no por afán de rebeldía, o de reivindicación inconformista, sino con plena conciencia de responsabilidad cristiana.

El P. Schillebeeckx, O. P. —uno de los mejores teólogos fuera del mundo latino— ha dicho, con frase un poco sibilina, que el cometido del seclar cristiano es la «secularidad apostólica». Traducido al lenguaje corriente lo único que desea expresar este pensador es lo mismo que he dicho antes.

Si miramos al plano cultural el seclar debe de aportar a la Iglesia su propia cultura profana para que ésta sea tenida en cuenta con mayor seriedad, a la hora de estructurar el pensamiento católico en el siglo XX. Que nuestros estudios religiosos pasen así del plano empírico al plano científico, como decía el Papa Pablo VI, refiriéndose concretamente a varias cuestiones de moral. Que la teología no se desligue de la vida, y opere casi solamente en el vacío, hablando en muchas ocasiones de cuestiones que poco importan al hombre consciente de hoy, o que casi nada le dicen.

Que en la liturgia no se quieran canonizar ritos y signos propios de otras culturas, sino que tengamos la valentía de aceptar las expresiones propias de nuestra civilización actual, para hacer más asquible el culto religioso.

Que la estructura eclesial se tenga en cuenta —en sus aspectos humanos— todo el sentido social, y toda la técnica humana, que el mundo profano puede aportar con su experiencia y sus estudios sociológicos, con su sentido más colaborador y menos exclusivista.

Esto es, poco más o menos, lo que queremos los seclares, y lo que los Obispos que han estado reunidos con nosotros han comprendido perfectamente; y en algunos casos se han adelantado a hacérselo presente. Esto es lo que conviene seguir ahondando cada vez más. Por eso, en un próximo artículo, hablaré de cuatro puntos clave que expresan, en lo concreto, los puntos de vista de muchos seclares católicos: 1) El modo más seclar de entender la cooperación con la Jerarquía. 2) La dirección claramente seclar de los movimientos de apostolado. 3) La renovación de la parroquia para un mundo completamente distinto de aquel en que fue estructurada. Y, 4) la responsabilidad temporal del cristiano en la renovación de la sociedad actual.

E. M. M.